

SE BUSCAN MUJERES SENSATAS

FINALISTA DE LOS PREMIOS HUGO Y LOCUS

UPRIGHT WOMEN WANTED

© 2020 by Sarah Gailey

Primera edición, septiembre 2021

© Arte y diseño de la cubierta de Medusa Dollmaker

© Traducción de Carla Bataller Estruch

© Corrección de Laura Soriano Maquilón

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-123543-2-4

Depósito Legal: SE 1401-2021

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Safekat (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, página web www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SE BUSCAN
Sarah
MUJERES
Gailey
SENSATAS

Traducido por
Carla Bataller Estruch

 **Crononauta**



*Para todas aquellas personas que nunca pensaron
que vivirían tanto tiempo*





1

Esther respiraba el olor dulzón a humedad que desprendían las mantas para los caballos en el carro-mato de las bibliotecarias mientras rumiaba esa sensación de «te lo dije» que la había embargado desde que su padre le contó lo de Beatriz. Supo que no saldría nada bueno de aquello. Y así se lo había dicho a Beatriz. O lo había intentado, al menos.

Pero Beatriz nunca escuchaba. Siempre había sido terca, tan terca como un día caluroso, de esos que se alargan demasiado antes de que estalle una tormenta, y la habían ahorcado por ello. Se balanceó con una cuerda en el cuello mientras el padre de Esther, Víctor Augustus, daba un discurso sobre los peligros de la desviación. A cierta distancia detrás del podio, Silas Whitmour permanecía con los puños en los bolsillos, los labios apretados y los ojos fijos en Esther.

No en Beatriz. Casi ni había mirado a Beatriz.

Su mirada recaía en Esther, que le había mentido a su padre al decirle que lo arreglaría todo.

— oOo —

La jefa de las bibliotecarias no encontró a Esther Augustus hasta que llevaban dos días fuera de Valor, Arizona. Profirió a pleno pulmón unas palabrotas tan originales que sacó a Esther de su sueño con Beatriz y, para cuando se enderezó, el revólver de la bibliotecaria la apuntaba directamente a la cara.

—No me dispaes —dijo Esther con la voz ronca. Tenía un regusto amargo en la boca de pasar dos días solo con la botella de agua que se había traído; dos días sin cepillo de dientes y sin comida—. Por favor —añadió, porque su madre la había educado como era debido y porque exhibir sus modales parecía buena idea cuando había una pistola de por medio.

—Dame una buena razón.

La placa de la bibliotecaria relucía en el sol matutino. Era una estrella de cobre con un grabado de tres columnas: una por la virtud, otra por el conocimiento

y la última por el patriotismo. Brillaba tanto como los ojos de Beatriz.

Esther no sabía si la bibliotecaria le estaba preguntando por una buena razón para disparar o por una buena razón para no hacerlo, así que decidió jugar su única baza.

—Me llamo Esther Augustus. Mi padre es Victor Augustus. Es... es el superintendente del territorio bajo sudoccidental —dijo insegura.

La bibliotecaria sabría, sin lugar a dudas, quién era Victor Augustus, pero su rostro no cambió al oír su nombre. Apretaba la mandíbula igual que antes, la furia en sus ojos gris piedra era la misma y su dedo aún se hallaba demasiado cerca del gatillo.

—¡Leda! —La bibliotecaria no gritó, pero su voz resonó con fuerza. Al cabo de unos segundos, Esther oyó el crujido de unos pasos lánguidos que se dirigían al carromato. La jefa de las bibliotecarias no apartó los ojos de Esther a medida que esos pasos se acercaban, con la mirada a la misma altura que el ojo imperturbable del cañón de la pistola. Esos tres ojos observaban a Esther Augustus y ella les devolvía la mirada, demasiado deshidratada para sudar e incapaz de respirar hondo.

—Joder, Bet, si no puedes encargarte tú sola de los escorpiones, te... Ah.

Una segunda mujer apareció junto a la jefa, a quien Leda había llamado «Bet». Las dos mujeres no podrían tener un aspecto más distinto. Leda era alta y ancha, mientras que Bet oscilaba entre nervuda y escuálida. Leda era pálida, mientras que Bet era marrón. Leda tenía la piel suave y la de Bet estaba llena de cicatrices. Los ojos de Leda eran amables. O, al menos, lo fueron antes de aterrizar en el nidito que Esther se había hecho entre las mantas de los caballos y la ropa. Cuando vio el escondite de la muchacha, esos ojos amables se volvieron duros durante un momento y luego pasaron a transmitir cautela y a moverse sin cesar.

—Vaya, Leda —gruñó Bet, con la mirada aún fija en Esther, como una serpiente que observa el avance de un tobillo—, ¿no te pedí que examinaras este carro-matito cuando nos marchamos del pueblo?

Leda no respondió, pero su rostro relató la historia bastante bien: Bet le encargó esa tarea, pero no le apeteció y dijo que la había hecho para acelerar el proceso.

—No me dispaes, por favor —dijo Esther, aunque tosió cuando las palabras pasaron por la garganta seca—. No quiero causar problemas, es solo que...

—Es solo que has huido —entonó Bet con dureza—. Has huido para unirte a las bibliotecarias.

—Bueno, no... no huyo de nada —tartamudeó Esther, la mentira suelta en su lengua—. Huyo hacia algo.

—Dale agua a la chica —le murmuró Leda a Bet—. Está delirando.

—Es la hija de Victor Augustus —respondió Bet.

Leda abrió los ojos de par en par y se giró para mirar de nuevo a Esther. La muchacha se percató de que esos ojos eran canarios: cantaban todo lo que le pasaba a Leda por la mente, con tanta claridad que cualquiera se daría cuenta.

—Mierda —siseó—. No tenemos tiempo para esto.

—¿Tu padre sabe dónde estás ahora mismo? —preguntó Bet. Esther dudó antes de negar con la cabeza, y Bet imitó su movimiento—. ¿No? Qué tonta has sido al contármelo. Si no sabe que estás aquí, no habrá consecuencias para mí si te pego un tiro y abandono tu cuerpo en el desierto. —Suspiró y bajó el revólver. Esther pudo respirar hondo al fin—. Sal del carramato antes de que apestes las mantas de los caballos con tu miedo. Leda, esta agua sale de tu suministro.

Y, con eso, Bet se marchó y se perdió de vista.

Esther bajó del carramato con un tembleque en las piernas y resbaló en la gravilla. Se había puesto sus

zapatos más prácticos, pero enseguida supo que no la mantendrían erguida en los senderos por los que viajaban a caballo las bibliotecarias.

Sin embargo, unos buenos zapatos no eran su preocupación más inmediata. No podía decir que aquello entrara en sus planes, ya que, para empezar, no tenía ningún plan, pero tampoco estaba saliendo como había esperado. No entendía por qué la jefa de las bibliotecarias necesitaba llevar un revólver en vez de un rifle. Un rifle iba bien para cualquier cosa que te pudieras encontrar por el desierto, para cualquier cosa que cruzara el horizonte y pusiera de los nervios a una mujer. Un revólver era demasiado cercano para que lo empuñara una mujer, como decía su padre. Un revólver era el arma de un hombre, hecha para terminar una discusión.

Una bibliotecaria nunca debería sentir la necesidad de discutir. Esa era la idea.

Una mano fuerte y encallecida la agarró por el codo antes de que tropezara de nuevo. Leda, con una cantimplora. Esther juraría que podía oler el agua en su interior. Bebió demasiado agradecida y esa mano fuerte le propinó unas palmadas con ímpetu en la espalda para que tosiera el agua que había inhalado.

—No vayas a mentirle a Bet, ¿me entiendes? —susurró Leda. Acercó tanto la boca a la oreja de Esther que su aliento le agitó los pelos de las sienes.

—No lo haré —respondió Esther. Decidió no recordar la última vez que Beatriz se había acercado tanto a su oreja ni las cosas que se habían susurrado entonces.

—Va en serio. Sabrá que le mientes y, si lo haces, ya te puedes ir olvidando de que te deje quedarte.

Esther asintió, con el corazón a mil por hora. Si la jugada le salía mal, no tenía ni idea de lo que podría pasar. Quizá Bet la llevara a casa para que se enfrentara a la ira de su padre. Quizá Bet la soltase en medio de la nada para que vagara perdida y sola. Quizá Bet sacara de nuevo la pistola y quizá, esta vez sí, la usara.

Pero Esther se recordó que eso solo ocurriría si la cagaba.

Pero ¿y si lo hacía todo bien? Pues entonces a lo mejor se convertiría en bibliotecaria.

— oOo —

Una cantimplora de agua más tarde, Esther estaba sentada en una piedra frente a Leda y a Bet y se esforzaba en mentir más nunca.

—Siempre he querido ser bibliotecaria —dijo, mirando a Bet a la cara, con los ojos bien abiertos y rebosantes de sinceridad, como hacía cuando hablaba con el superintendente sobre la importancia de la bandera, las tropas y la frontera. Llevaba la melena larga enmarañada por el sudor, a pesar de la trenza apretada que se había hecho antes de subir al carronato, y se sentía como algo que se había quedado atascado en una cisterna, pero nada de eso importaba si no podía irradiar una dedicación ferviente a la causa—. Desde niña he soñado con unirme a la Ilustre Brigada de Mujeres con Moralidad Sensata para realizar un Trabajo Gratificante que sustente el Brillante Futuro de...

—... los Hijos de la Nación —terminó Bet con un tono monótono—. Has memorizado los carteles.

—Odio las cosas esas —musitó Leda, y Bet le lanzó una mirada cortante.

—Pues claro que los he memorizado —dijo Esther. Si no parpadeaba el tiempo suficiente, conseguiría que le lloriquearan un poco los ojos, como si la pasión por el trabajo de las bibliotecarias se hubiera apoderado de ella. Juntó las manos y alzó los hombros—. Tengo uno de los carteles de reclutamiento colgado sobre la cama desde niña. Adoro todo lo relacionado con las bibliotecarias.

—¿Qué es lo que más te llama? —preguntó Bet.

—Es que admiro tanto el trabajo que hacéis... —dijo con un suspiro. Y ahí estaban: le ardían los ojos y sabía que pronto le brillarían de verdad—. Contribuir a divulgar la educación más apropiada es importantísimo. Si no fuera por las bibliotecarias, nadie recibiría nuevas actualizaciones de los Materiales Autorizados para leerlos y verlos y escucharlos. Como decía siempre mi padre... —Bet resopló al oír esto, y Esther pensó que sería mejor no mencionar a su padre durante un tiempo—. Siempre decía que la gente causa problemas cuando se aburre. Así que, si no fuera por las bibliotecarias, a la gente seguramente se le ocurrirían nuevos materiales peligrosos todo el tiempo. —Bajó la mirada hacia sus pies y se sorbió la nariz—. Solo quiero ayudar. Quiero formar parte de algo más grande que yo. Quiero ser bibliotecaria.

Esther se ruborizó de orgullo un poco. Seguro que con ese discurso se las había ganado.

Cuando alzó la mirada, Bet no parecía impresionada.

—Ha sido una actuación decente —dijo, acariciándose una cicatriz gruesa y brutal que le atravesaba la ceja izquierda—. Seguro que le has puesto mucho empeño. Pero ¿te gustaría probar una táctica diferente? ¿Decirnos la verdad, tal vez?

Esther miró a Leda, que le dedicó una sonrisa de «te lo dije». El corazón le latía con fuerza y a gran velocidad en la garganta. Ese era su mejor ángulo, el discurso que había practicado durante los dos calurosos días bajo una pila de mantas de caballo.

Observó a Bet a sabiendas de que, cuanto más tardara, más obvio sería que intentaba idear una mentira. Cerró los ojos y sacudió un poco la cabeza.

—Vale. La verdad es que mi padre iba a intentar casarme. Con un hombre al que no... al que no quiero. Ni siquiera lo conozco y no lo soportaría. La idea de ser su esposa, después de... —Se calló de repente, porque no podía hablar de lo que había ocurrido, no sin desvelarlo todo. Y no podía contárselo a las bibliotecarias. Si lo hacía, nunca se convertiría en una de ellas. De los funcionarios que el Estado tenía en nómina, las bibliotecarias eran de las más entregadas. Seguro que la denunciarían.

A Bet le brillaban los ojos.

—¿Después de qué?

Esther tragó saliva con dolor. «Ahora ve con cuidado».

—Mi mejor amiga —dijo—. Estaba prometida con él, pero... la ejecutaron por posesión de Materiales No Autorizados. Tenía un folleto sobre Utah. Yo no lo sabía —añadió a toda prisa, y era cierto. No lo había

sabido. A Beatriz no le había parecido oportuno compartir los Materiales No Autorizados con ella. Quizá no confiaba lo suficiente en Esther o quería protegerla. Sin embargo, ninguna explicación le hacía sentir menos rencor al pensar que Beatriz le había ocultado un secreto tan importante—. Yo no sabía que los tenía, o habría intentado detenerla. Habría intentado hacer lo correcto. Creo que me lo iba a contar la noche antes de que... de que la pillaran. Dijo que quería decirme algo, pero... —Esther se calló, porque no conseguiría nada de provecho si hablaba mucho sobre Beatriz. Se centró en la mejor parte de la historia, la parte que, según creía, la congraciaría con las bibliotecarias—. Nunca supe que tenía Materiales No Autorizados, lo juro. O habría hecho algo.

Leda tosió en su puño y Bet la fulminó de nuevo con la mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Perfectamente —respondió Leda—. Hay mucho polvo, eso es todo.

—Así que tu amiga murió. Les pasa a las mejores. Deberías elegir mejor a tus amigas.

La rabia estalló de repente en el pecho y la garganta de Esther, martilleándole con fuerza en las sienes.

—No había una amiga mejor que Beatriz, no tienes ni la más remota idea de lo que... —Calló. Esa no era forma de actuar. Se obligó a respirar—. Tienes razón —dijo, esforzándose por parecer tranquila—. Supongo que debería haberlo visto. Tendría que haber ido con más cuidado.

Bet apoyó los codos sobre las rodillas y miró con intensidad a Esther. Ese arrebato le había llamado la atención, al parecer. «Joder».

—Así que la colgaron —dijo Bet. Su tono se impregnó de una dulzura repentina—. Y tú huiste. —Esther asintió. Aquello se acercaba bastante a la verdad. Bet siguió hablando, en voz baja y amable, y Esther se dio cuenta de que también se inclinaba hacia ella—. No podías quedarte más tiempo allí, ¿verdad? No querías casarte con ese chico y no querías quedarte allí sin Beatriz, ¿no?

Sus palabras desenterraron algo de un lugar hondo y sellado en el abdomen de Esther, algo imprevisto e imprudente.

—No es solo que no quisiera quedarme —dijo. Las palabras le salían despacio—. Es que no podía. Era demasiado peligroso para todo el mundo.

—¿Por qué era peligroso? —susurró Bet, con la mirada fija en ella. Sobre su hombro, Leda se había

quedado quieta, pero todo lo que no fueran los ojos de Bet parecía tan lejano como el horizonte.

—Porque Beatriz murió y me iban a casar con alguien importante. Habría tenido demasiado poder para extender mi veneno a mucha gente. Pensé que, si me unía a las bibliotecarias... Pues que daría igual lo que me pasara, porque al menos podría hacer algo bueno antes de que el mal me encuentre.

—¿Igual que encontró a Beatriz? —preguntó Bet, asintiendo con la cabeza.

—Pues claro que encontró a Beatriz. —A Esther le ardían las mejillas de nuevo y, hasta que no notó una gota en la rodilla, no se dio cuenta de que la calidez provenía de las lágrimas, un flujo constante de ellas. Incapaz de parar, incapaz de contener la confesión, le susurró a Bet—: Sabíamos que nos encontraría. La gente como nosotras solemos atraer el mal. No hay un final feliz para nosotras. Lo sabíamos, leímos todas las historias... Es posible que las leyéramos demasiado. Sabíamos que el mal nos encontraría si no... —Calló, porque no había ninguna palabra para lo que Esther debería haber hecho.

Lo había hablado con Beatriz un millón de veces, sentadas en el columpio del porche mientras sus piernas se estrechocaban o tumbadas en la hierba

junto al arroyo que había a las afueras del pueblo o con el sudor de Beatriz aún en sus labios. «Tenemos que buscar una solución», convinieron una y otra vez. «Tenemos que ser mejores. No podemos seguir así». La última vez que habían mantenido esa conversación, una semana antes de la muerte de Beatriz, Esther había dicho: «Ya no siento lo mismo por ti». Un intento desesperado de rescatarlas a las dos. Decir aquello había sido como morir, aunque no era la muerte que, según temía Esther, les deparaba el destino.

Era la peor mentira que había contado nunca y ni siquiera había sido suficiente para salvar a Beatriz.

Intentó buscar un modo de explicarle todo esto a Bet, una forma de explicar cómo Beatriz y ella se habían ganado ese final.

—No es que no fuéramos sensatas —dijo al fin—. Lo éramos. Yo era muy sensata. Pero no encontramos una solución a tiempo y Beatriz salió mal parada. A saber a quién más habría hecho daño si no me hubiera ido. —Más lágrimas le cayeron en los muslos al pensar en su padre, en su prometido, en su futura descendencia. ¿A cuánta gente habría destruido si se hubiera quedado?—. Hay algo malo en mi interior, pero pensé que, si me unía a las bibliotecarias, a lo mejor

podría expulsarlo. Podría aprender a ser mejor con vosotras y puede que... puede que no vuelva a hacerle daño a nadie más.

Se produjo entonces un silencio prolongado, interrumpido solo por los sollozos húmedos de Esther. Se le había nublado la vista con las lágrimas cálidas y persistentes, lágrimas que no se había permitido verter durante el ahorcamiento. Lágrimas por Beatriz y lágrimas también por ella misma, porque lo que debía hacer era inmenso y muy duro. Debía excavar una parte rota de sí misma, la parte que la hizo besar a Beatriz por primera vez y todas las veces que vinieron después. Tendría que excavarla y tendría que matarla. Y luego mataría la otra parte diminuta y secreta de sí misma que amaba esa cosa rota, que amaba la sensación de colocarle a Beatriz un mechón de pelo detrás de la oreja y de lamerle el hueco del cuello y de verla dormir.

Ninguna de esas partes podía sobrevivir si quería evitar el final trágico que se le prometía a la gente como ella.

—Creo que lo entiendo —dijo Bet—. Querías venir y unirse a las bibliotecarias porque somos castas y tenemos una moralidad sensata y somos leales al Estado, pase lo que pase. Y porque no cedemos ante los

impulsos desviados. Querías venir y unirse para aprender a ser como nosotras. ¿Lo he entendido bien?

—Sí —jadeó Esther, asintiendo con la cabeza—. Por favor. Enseñadme a ser como vosotras, por favor. — Alzó la mirada y se limpió los ojos. Se permitió sentir una esquirla diminuta de esperanza; Bet no la denunciaría por lo que acababa de confesar. Esa esperanza se disolvió cuando vio el gesto adusto en la mandíbula de la bibliotecaria—. Por favor —susurró otra vez. Saboreaba el miedo agrio bajo la lengua porque sabía que ese era el momento decisivo, su última peor esperanza, y esa mujer, que podía entregarla a la parca, la miraba sin ninguna piedad—. Sé que no debo ser así. Quiero ser como vosotras.

Bet negó con la cabeza y le dio la espalda a Esther con el pecho contraído. Cuando se dio la vuelta de nuevo, una sonrisa triste irrumpió en la línea sombría de su boca. Soltó una carcajada y, aunque intentó reprimirla, fracasó. Estiró una mano hacia un lado y, durante un momento terrible, Esther estuvo segura de que aguardaba a que Leda le entregara el revólver. Pero, en vez de una pistola, Leda encajó su mano en la de Bet y las dos entrelazaron los dedos.

—Bueno, Esther —dijo Bet. Le temblaba la voz por esa carcajada incontenible. Con el pulgar acariciaba la

palma de Leda—. Verás, tenemos buenas y malas noticias para ti.